

CAPÍTULO II. *De cómo con deseo de la soledad quiso entrar en la Cartuja, y no fue la voluntad del Señor que lo hiciese*



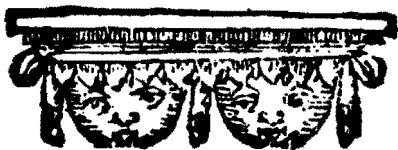
OMO, SEGÚN LA SENTENCIA DE LA MISMA VERDAD,¹ no puede ser escondida la ciudad que está asentada sobre el monte, ni puede dejar de dar luz la candela que está puesta en alto sobre el candelero, así, ni más, ni menos, no podía esconderse la virtud y perfección de vida de este bendito padre fray Martín; porque dado caso que el siervo de Dios era muy apartado de conversación y plática con seglares, amigo de soledad y recogimiento por gustar en la continua oración y meditación; cuán suave es el señor a los que en él solo esperan, como se dice en el salmo: No por esto dejaba de volar la fama de su santidad y vida religiosa, entre los poderosos del mundo que con tales nuevas se movían a desear gozar de sus sanos consejos y espiritual doctrina. De éstos fue uno el conde de Feria, que entre otros había oído decir grandes nuevas de su mucha religión y santidad de vida; el cual, teniendo esta loable noticia de su persona, en el primer capítulo que se celebró, después de hecha provincia la custodia de San Gabriel, rogó que pusiesen al santo varón fray Martín de Valencia en el monasterio de San Onofre de la Lapa, uno de los siete dichos que está dos leguas de Catra, en tierra del dicho conde. Pidió esto por su consolación, por esta fama que de él tenía. Y aunque algunas cosas a los principios parece que no van encaminadas a ningún particular fin y todas sean de providencia y voluntad divina, parece que lo fue ésta; porque estando allí puso paz y concordia entre las dos casas; es a saber, la de Pliego y la de Feria, que poco antes se habían juntado; que aunque el marqués y la marquesa eran bien casados, como muy buenos cristianos y generosos, los caballeros empero y criados de aquellas dos casas estaban muy discordes, y había entre ellos mucho descontento; que es muy propio de los santos y siervos de Dios, ordenar paces entre los desavenidos y discordes, para que la cizaña que el demonio ha sembrado en la tierra de sus corazones, con intento de tenerlos por posesión suya, se arranque y disipe, para que Dios haga en ellos su morada y coja de ellos el fruto de su santa gracia, que es paz, tranquilidad y concordia y amor del prójimo, con que se hagan dignos de tan alta misericordia y premio de su gloria.

El marqués envió por él una cuaresma, desde Montilla, donde le tuvo predicando y confesando, y confesó al marqués y trató de la conformidad, y puso (como dicho es) tanta paz y concordia entre las dos casas, que más les parecía a todos ángel de el cielo, que hombre de la tierra, atribuyendo a sus oraciones y santidad, la tranquilidad y sosiego que habían alcanzado. Y en toda aquella comarca hizo gran fruto, y donde quiera que estaba yo tenían por espejo y dechado de toda virtud y religión. Pero tenía el varón santo, por su gran humildad, tan contraria opinión de sí mismo, que con

¹ Math. 5.

andar ocupando en continua oración y ser abstinentísimo y riguroso en la disciplina y aspereza de su carne, le parecía ser hombre inútil y sin provecho, y que no servía, ni agradaba a Dios ni hacía cosa que fuese meritoria (cosa muy común a los que de veras aman a Dios) y con este descontento de sí mismo, andaba imaginando qué haría y qué camino tomaría para darse a Dios enteramente, conforme al deseo de su espíritu, vocando a la oración y contemplación, con quietud y sosiego, el cual no tenía, por no poder huir la conversación de seglares, a cuya importunidad había dado entrada, constreñido de la pura caridad; pero con la licencia que de cada día más iba tomando, ya le era penosa su familiaridad; y pareciéndole que el mejor medio para alcanzar esto era hacerse fraile cartujo, después de haber pensado mucho en ello y encomendándolo a Dios, y habida licencia de su superior, púsose en camino para efectuarlo con la ejecución de la obra. Mas como la voluntad de nuestro señor (a la cual él siempre se sujetaba y quería cumplir) era que no dejase el hábito de su padre San Francisco quísole alumbrar, por ventura, por intercesión suya, y aun lo que yo creo es que, como le tenía hecho primer apóstol de estas indianas gentes, no quería que se despojase de el hábito con que había de entrar en esta nueva conquista espiritual, sino que lo conservara hasta que llegando el determinado tiempo le tuviese su espíritu en ver puesto en ejecución el deseo de la conversión de las almas, que años después le fue mostrada en visión y fue el estorbo en esta manera.

Caminando para el monasterio de la Cartuja, donde pretendía tomar el hábito, comenzóle a doler (sin ocasión alguna) un pie, tan reciamente, que no podía andar; hacía fuerza el siervo de Dios para pasar adelante y no podía, y como era tan sin ocasión y repentinamente, conoció su espíritu claramente que era estorbo de Dios, y que no era su voluntad que dejase el hábito que tenía; y así se volvió al convento de donde saliera. Este deseo de la falsedad en alguna manera se le cumplió en la casa y monasterio de Nuestra Señora de Monte Coeli de el Hoyo donde se mudó y aprovechó allí mucho en espíritu, por ser muy aparejada para la oración, recogimiento y silencio, a causa de estar en el yermo, fuera de toda conversación de seglares. Aquí fue el caballero de Cristo muy visitado y regalado de su fiel capitán y querido esposo Jesucristo; allí le hablaba al corazón, tierna y regaladamente, porque para esto lo llevó a la soledad y le dio la leche de la contemplación, que da a los que desnudos de las afecciones mundanas se visten de Dios y de su espíritu.²



² Os. 2.